

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos rectísimos y llenos de verdad. Las palabras de los sabios son como punzas ó clavos, que penetran profundamente, y nos fueron dadas mediante nuestros maestros por el único pastor.

(ECCLESIASTÉS XII, 9, 10 y 11)

El peligro, Sto. Padre, está todo en la continua difusión de los libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta Católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se engañaría mucho quien intentase de atribuir principalmente á la prensa malvada, todos los males y la deplorable condición de las cosas, á la cual hemos llegado actualmente..., los escritores católicos deben con todas sus fuerzas volverla en bien de la sociedad.

(LEON XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es casi una forma de apostolado sublime.

(ALIMONDA)

ROMA - LIBRERIA SALESIANA - TURIN.

Catálogo de las obras, opúsculos y demás publicaciones de fondo y surtido

VIDA

DE

S. FRANCISCO DE SALES

OBISPO Y DOCTOR DE LA S. M. IGLESIA

POR EL

P. RIVADENEIRA.

Un opúsculo en-32° Peset. 0, 80.

ESCENAS MORALES DE FAMILIA

HISTORIA AMENA Y EDIFICANTE

DE LA VIDA

DE

MARGARITA BOSCO

por el

Sr. D. J. B. LEMOYNE

Pbro. de la C. de S. Francisco de Sales

TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR EL Pbro. F. G.

de la misma Congregación

Dos entregas en 32.º de 226 pág. Peset. 1 60.

¿ Quién es el que hoy ignora la actividad verdaderamente extraordinaria y la inmensa caridad de aquel hombre apostólico, de aquel varón de Dios, cual es el Presbítero D. Juan Bosco? Bastaría citar solamente el grandioso Establecimiento de Turin, conocido bajo el nombre de Oratorio de S. Francisco de Sales, y después las muchísimas casas que fundó en Italia, España, Francia, y América para formarse una idea de lo que puede hacer un humilde sacerdote, animado únicamente por el espíritu de Jesucristo. Cómo y en dónde haya tomado fuerzas el infatigable D. Bosco lo conocen ya todos, pero poquísimos saben qué celante cooperadora hubiese hallado para su caritativa empresa, en su óptima y querida madre. A llenar, pues, este vacío está destinado el presente libro del Pbro. Dr. Sr. D. Lemoyne, en el cual de una manera sencilla y amena pinta con vivos colores á la piadosa madre y á su bueno y querido hijo D. Bosco. Las madres de familia podrán ciertamente aprender mucho con esta lectura, para educar bien á sus hijos y para sostener con valor cristiano ciertas desgracias de familia. « No rica, dice el Autor, pero con un corazón de oro; no instruida en las ciencias profanas; pero educada en el Santo temor de Dios; privada bien pronto del que debía ser su sostén, pero segura con la energía de su voluntad apoyada en el auxilio celeste, supo llevar á cabo felizmente la misión que Dios Ntro. Señor le había confiado. Es, pues, un libro hecho, no para quien se complace en las aventuras más ó menos escandalosas de la mujer mundana, sino para cualquiera que anhela saber en qué manera pueden hacerse gratos á Dios y útiles á la sociedad. ¡ Oh si todas las madres pudiesen hacer á ejemplo de Margarita, de sus propios hijos otros tantos D. Bosco, podrían ciertamente considerarse afortunadas y dichosas!

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III. S. JUAN, 8)

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I. TIM. IV. 13)

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO)

Un amor tierno hácia el prójimo es uno de los más grandes y excelentes dones, que la divina bondad puede hacer á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de SALES)



Cualquiera que reciba á un niño en mi nombre, recibe á mí mismo.

(MAT. XVIII)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionadles libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX)

Redoblad todas vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las insidias de la corrupción y de la incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(LEON XIII)

→ DIRECCION en el Oratorio Salesiano. — Calle Cottolengo N° 32, Turin (Italia) ←

Sumario — Devoción y gratitud — D. Bosco festejado el día de su Santo — Viaje de los Misioneros Salesianos á Chile — Carta III: Peligrosa caída de Mons. Cagliari — Carta IV: Viaje de Mons. Cagliari por las Cordilleras y su llegada á Concepción — Gracias de María Auxiliadora — Historia del Oratorio de S. Francisco de Sales.



DEVOCION Y GRATITUD.

Recordamos á nuestros Cooperadores y Cooperadoras que el día 21 del corriente mes es el santo y cumpleaños de S. S. Leon XIII. Es, pues, la fiesta de familia de nuestro Santísimo Padre, que tantos y tan grandes beneficios ha hecho á la Pia Sociedad Salesiana y á sus Cooperadores. En dicho día debemos por consiguiente dar una prueba de nuestro afecto, acercándonos á la Sagrada Mesa y rezando un *Pater*, *Ave* y *Gloria*, según la intención del Vicario de Jesucristo. No nos olvidemos de que la oración es la llave de oro, que abre las puertas de todos los tesoros celestiales.

D. BOSCO

FESTEJADO EL DIA DE SU SANTO

en el Oratorio de S. Francisco de Sales.

En los días 23 y 24 del mes de Junio tuvieron lugar en el Oratorio Salesiano de Turin, dos fiestas en sumo grado conmovedoras. Tratábase de felicitar su día al amadísimo Padre D. Bosco, y por lo tanto esta manifestación de afecto exigía se hiciese con todo el corazón y de la manera más tierna y hermosa.

En efecto; no eran tan solo los hijos de Don Bosco quienes en dichos dos días se reunían á la sombra de la cúpula de María Auxiliadora para festejar el santo de su venerando Padre, sí que un gran número de señores y señoras, de niños externos, de sacerdotes de Turin y de otros muchos ilustres personajes, entremezclándose con los alumnos del Oratorio, daban á aquella preciosa fiesta un carácter solemne y universal.

La academia comenzó un poco antes de las 8. Intervino D. Bosco apoyándose al brazo de Monseñor Leto, obispo de Samaria, del Rdo. Sr. Don Rua y rodeado de varios discípulos suyos. Repetidos aplausos saludaron la llegada del venerando Fundador, el cual sentíase visiblemente conmovido. ¿Y quién no se conmoviera? Bastaba echar una mirada á aquel gentío inmenso, bastaba oír las primeras notas del himno, puesto en música por el M. Dogliani. El amor á D. Bosco inspiró ciertamente pensamientos y motivos tan patéticos y solemnes.

Andiamo, compagni, D. Bosco ci aspetta — La gioia perfetta Si desti nel cuor; así cantaban los niños del Oratorio el año 1846; pero en el presente estas mismas estrofas; cuán elocuentes y armoniosas parecieron! Era una música que llegaba al corazón. ¡Y qué bien ejecutada! Al concierto del Oratorio, compuesto de muchos instrumentos, hacia admirable eco la banda del Colegio salesiano de San Benigno Canavese, desde un palco que se hallaba colocado en uno de los patios más inmediatos al en que se celebraba tan preciosa fiesta. En la academia se habló en latín, castellano, francés, griego, alemán y piemontés. Se hicieron generosas ofrendas en dinero y en objetos á D. Bosco. Los niños del Colegio de Utrera mandáronle una preciosa poesía, que fué leída el primer día por un sacerdote recién venido de allá. También los niños de los Talleres Salesianos de Sarriá, felicitaronle muy cordialmente tan precioso día por medio de una prosa que se leyó el segundo día. Tanto en poesía como en prosa, los hijos españoles de D. Bosco supieron dar una excelente y evidente prueba del grande amor que le profesan y de su mucho agradecimiento hácia los inmensos favores que de él continuamente reciben. Sus antiguos discípulos le regalaron seis magníficos candelabros. Las Hijas de María Auxiliadora expusieron preciosísimos bordados y encajes y otros objetos de culto. Los niños artesanos ofrecieronle también su dono particular, según el arte y oficio que ejercitaban, hecho por ellos mismos. Los tipógrafos se lucieron con los preciosos y delicados adornos que pusieron al himno. El bueno y fervoroso obrero Sr. Gastini, siempre jocoso y afectado á D. Bosco, mostró evidentemente el santo y cada vez más floreciente progreso de las obras salesianas. La academia terminó á las 10.

VIAJE A CHILE

DE LOS MISIONEROS SALESIANOS Y DE MONS. CAGLIERO.

CARTA III.

Peligrosa caída de Mons. Cagliero.

(Continuacion).

5°. **Primeras curas. - Consulta. - Deliberacion.** — Eran ya las ocho de la mañana; el sol comenzaba á elevarse y por consiguiente el calor aumentaba cada vez más; no había ni altos céspedes ni tampoco fuentes para poder refrigerar el ardor que en todo nuestro cuerpo sentíamos. Tuvimos que ir á buscar agua á la distancia de dos millas. Por lo que toca á la sombra, no teniendo otra, nos vimos obligados á servirnos de la de una roca. Allá colocamos á Monseñor con el auxilio de cuatro hombres, pues

él no podía ni siquiera dar un paso, por los grandes dolores que en todo el cuerpo sentía. Mientras pensábamos en el modo de calmar sus sufrimientos, no teniendo remedio alguno de farmacia, nos vino á la mente aquel de que habla el Evangelio y que usó el piadoso Samaritano. No teniendo aceite, hicimos uso del solo vino, esto es, del vino que llevábamos para celebrar la santa Misa. Eran dos las heridas que tenía; dos costillas en el lado izquierdo que se habían dislocado, rompiendo la carne y magullando un poco el pulmón: todo el fémur izquierdo hasta la rodilla recibió solamente una ligera contusion. Yo mismo derramé el vino sobre las heridas, hice algunas frotaciones y luego las vendé con algunos pañuelos. Despues de haber hecho varias veces esta operacion, dí á Monseñor algunas cucharadas de vino. Esta curas, aunque sencillas, le sirvieron de algun alivio.

De allí á un poco nos consultamos sobre lo que tenía que hacerse. Carecíamos de alimentos. Los rayos del sol eran tan ardientes que nos hacian temer mayores males, tanto al enfermo como á todos nosotros. Dos eran los pareceres: ó hacer con arbustos una cabaña en aquel mismo lugar, ó trasportar á Monseñor á las orillas del Neuquen. Pero tropezábamos con varias dificultades para poner por obra tanto uno como lo otro. Me fuí, pues, inmediatamente con dos de aquellos hombres, armados con un gran cuchillo para cortar ramas de arbustos é improvisar la referida cabaña; mas no nos fué posible llevarlo á cabo. Buscamos otro lugar más sombrero y no encontramos más que el profundo álveo de un torrente todo seco, cuyas altas riberas podían, sino del todo, al menos en parte, defender á Monseñor de los rayos del sol. Teníamos, pues, que trasportarlo hasta abajo en caso que no pudiésemos llegar á las orillas del Neuquen. Mientras yo iba y venia afanado en estas diligencias, no sé si por debilidad ó más bien por lo muy afligido que estaba, no pude contenerme y me eché á llorar como un niño á lágrima viva.

6°. **Se vuelve á Malbarco. - Viaje penoso.** — Cuando hube llegado adonde estaba Monseñor rodeado de todos los demás, propúsele lo que pasaba, y no viendo remedio mejor para proteger al enfermo que el acercarnos un poco más al Neuquen, áunque se presentase el caso de no poder llegar á sus orillas, le aconsejamos que se armase de paciencia y se determinase á sufrir los movimientos del caballo durante la distancia de una legua. — Haced todo lo que os parezca, respondió.

Si bien encontrase mucha dificultad para levantarse, sin embargo quiso, lleno de valor, hacer la prueba. Cuatro hombres lo colocaron sobre un caballo de un buen andar, perteneciente á un viejo septuagenario, llamado D. Filoteo Sanmartín. Este señor había convenido de poner todos los caballos que tenía, á la disposición de Monseñor durante todo el viaje hasta Chile.

Uno de aquellos buenos señores montó en la anca á fin de sostener á Monseñor, mientras otros

dos iban á los lados para cogerlo en caso que se desmayase. Yo, confiando el cuidado de mi caballo á Zanchetta, caminaba á pié, agarrando las bridas del caballo que Monseñor montaba, á fin de hacerlo pasar por los sitios donde hubiese menos piedras. Estábamos ya á la mitad de la altura. Caminamos cerca de dos horas por la cumbre de aquel monte lleno de abrojos y malezas, no sin mucha dificultad y grandes dolores por parte de nuestro enfermo, dolores que él mitigaba invocando los sagrados nombres de Jesús y de María.

Después de haber recorrido cerca de tres millas, llegamos á la orilla del Neuquen. Monseñor hallábase muy cansado y sufría inmensamente. Lo bajamos del caballo y lo pusimos sobre una cama que habíamos hecho con juncos, á la sombra de una pequeña cabaña deshabitada. Aquí renovamos las operaciones acostumbradas, vertiendo vino sobre las heridas y partes doloridas y haciendo frotaciones por algunos minutos. Monseñor no pudiendo respirar por los agudos dolores que sentía en el pulmon izquierdo, dijo sonriéndose un poco: — Todo va bien, pero los fuelles no soplan.

Mas áun que parecía se habia aliviado un poco, sin embargo el mal tomaba nuevas fuerzas, y esto haciale temer, que por aquel dia no habríamos podido ponernos en camino. Pasadas las horas del calor más intenso, tratamos sobre la salida. Monseñor hizo un esfuerzo, se levantó pero no pudo tenerse en pie. Entonces lo sostuvimos, y apoyó la cabeza y el cuerpo sobre uno de nosotros, hasta que volviendo en sí — ¡Vamos! dijo en voz baja, á lo cual respondimos — ¡Vamos!

Lo colocamos sobre el caballo, y tomando cada cual su respectivo puesto como antes, salimos. Yo iba á pié tirando por el caballo, y solamente monté en el mio cuando tuvimos que pasar los rios Neuquen y Nehueve. Pasado el primero, proseguimos la marcha por un pequeño sendero que, serpeando por espacio de dos leguas, nos hizo subir á un altísimo peñasco y después descender en un profundo barranco, pasando por una grande cantera, desde donde veíamos el fondo de un terrible y profundo abismo.

Ya era noche, pero el cielo nos favorecia con la débil luz de la luna. Cuando llegamos á las orillas del rio Nehueve, temíamos por las dificultades que presenta su álveo, por ser muy ancho y lleno de piedras grandísimas. En efecto; el pasarlo nos dió mucho que hacer, y Monseñor sufrió muchísimo por los saltos que el caballo daba cuando ponía los pies sobre alguna de aquellas piedras. Habría podido resbalar con suma facilidad, tanto más que llevaba sobre sí á dos hombres no poco pesantes. Fué, pues, María Santísima Auxiliadora quien nos protegió continuamente, pudiendo salir del sitio sin deplorar desgracia alguna. Subimos después otra montaña y, hecho un kilómetro de camino, llegamos finalmente á la suspirada casa del Sr. D. Lucas Becerra, á las dos de la noche.

7°. El médico de Monseñor. - Una carta á Chillan y caridad de los Frailes Franciscanos. - Afecto de los Indios hácia Monseñor. — Monseñor hallábase sin fuerzas, de suerte que fué una gracia especial del Señor que hubiese podido resistir hasta aquí. La señora de D. Lucas, avisada ya de todo lo acaecido, habia preparado una blanda cama y alguna otra silla para restaurar las fuerzas de Monseñor. Lo metimos dentro de casa, dando gracias á Dios y á María Santísima Auxiliadora, por habernos favorecido tanto.

Desde esta noche en adelante nuestro principal cuidado era el asistir continuamente á Monseñor en su grave enfermedad. D. Panaro y yo por el dia, y Zanchetta por la noche. En cuanto á los remedios, como no teníamos farmacia, el Sr. Don Lucas, que por grande ventura es hombre inteligente *et habet gratiam curationum*, lo asistió con suma diligencia y le suministró remedios silvestres preparados con algunas yerbas, raíces y cortezas de árboles. Esto lo hizo con tan buen éxito que nuestro enfermo mejoraba sensiblemente de dia en dia. ¡Este hombre es verdaderamente admirable! Apénas Monseñor le manifestaba un dolor, él aplicábale enseguida un remedio que lo hacia cesar inmediatamente. Si era la fiebre le daba una bebida que la hacia desaparecer; si la respiracion le oprimia, le daba otra que después de pocos minutos se la facilitaba.

Una noche Zanchetta nos despierta á toda prisa anunciándonos que Monseñor no puede respirar, porque le dolia mucho el pulmon. El Sr. Don Lucas prepara el momento otra bebida, la cual le concilia el sueño, le hace desaparecer el dolor, y duerme tranquilo durante toda la noche.

A pesar de todo no creimos prudente olvidarnos de los remedios que la ciencia nos proporciona. Por consiguiente el dia después de la dolorosa caída, mandé expresamente á un hombre á Chile con una carta, dirigida al Padre Guardian de los Franciscanos de Chillan, en la cual le exponia nuestra desgracia y le pedia los remedios que, segun el juicio del Sr. D. Lucas, eran más á propósito para nuestro enfermo. Dicho hombre atravesó las cordilleras y volvió después de diez dias con los remedios pedidos y además con una pequeña provision de vino generoso y víveres, que los buenos Padres Franciscanos tuvieron la caridad de enviarnos desde Chillan. El Padre Buenaventura Gacitua, Guardian de aquel convento, nos escribió una carta, en la cual nos manifestaba su grande sentimiento, juntamente con el de toda la Comunidad, por la desgracia de Monseñor. Interin, yo habia expedido otras dos cartas, una á Buenos Aires y otra á Patagones, informando á nuestros hermanos de todo lo acaecido.

Monseñor, si bien muy despacio, mejoraba de dia en dia. Los primeros dias de su enfermedad los pasó con una fiebre bastante fuerte, acompañada con dolores agudísimos en los pulmones y respirando con muchísimo trabajo. Nos consolaba mucho el ver á aquellos buenos cristianos de Malbarco que venian en grupos de cuando en

cuando, á pedir noticias del estado de Monseñor, trayéndole al propio tiempo algunos regalos de huevos, gallinas, fruta, verdura, etc., y todo con una cordialidad conmovedora.

8º. Convalecencia. - Llegada de D. Rabagliati. - Establécese el día de la salida. - La primera misa después de la caída. — Finalmente el día 12 de Marzo Monseñor se levantó de cama por primera vez é hizo algunos pasos por el cuarto.

El 13, domingo, haciendo un esfuerzo, entró en la capilla y administró la Confirmacion á veinte personas. Después quiso hablar, pero no pudo decir más sino manifestar cómo su caída del caballo habia sido mortal, y que por una gracia especial de María Auxiliadora, á la cual se habia encomendado momentos antes, fué librado de la muerte. Invitaba por consiguiente á todos á que se uniesen á él, para dar gracias á Dios y á María Santísima por haberle conservado tan milagrosamente la vida. Mientras decia esto, la emocion lo sorprendió de tal manera que, sintiéndose falto de fuerzas, debió suspender su plática y retirarse al momento. Se acostó enseguida y no pudo levantarse sino después de siete dias, que comenzó á comer con nosotros y á pasear algunas horas al día.

Estábamos ya á 24 de Marzo, cuando nos llegó una sorprendente y grata noticia. Nos dijeron que á poca distancia habian visto venir á un sacerdote en direccion á nuestra casa. Inmediatamente comenzamos á hacer varias suposiciones para adivinar quién sería. Al principio pensamos que fuese D. Scavini, pero por las señales que nos daba quien lo habia visto de cerca, nos persuadimos que era D. Rabagliati. En efecto; de allí á poco más de una hora, aparece por la cabaña, cubierto con un poncho á manera de un gaucho del campo. ¡Qué sorpresa para Monseñor! El no pensaría nunca en recibir la visita de uno de sus hijos de Chile, tanto más que ni siquiera habia tenido noticia de la llegada de los Salesianos á Concepcion. Creia que el cólera, hubiese impedido ó al menos retardado su salida de Buenos Aires.

Ninguno puede expresar la satisfaccion que todos probamos al ver á un hermano nuestro, que suponíamos estaba tan lejos y que nos parecia como venido del cielo.

D. Rabagliati se quedó sin apénas poder pronunciar palabra cuando vió á Monseñor, porque, á pesar de las noticias que habian tenido, no pensaba sin embargo hallarlo tan abatido y en un estado tan deplorable. Pero se tranquilizó y dió gracias á Dios y á María Auxiliadora, cuando nosotros le aseguramos que estaba fuera de peligro y ya en convalecencia.

Mons. Cagliero estaba impaciente por proseguir cuanto antes el viaje, pero el día de la salida habia sido fijado por el Sr. D. Lucas Becerra, su médico y curandero: — Hasta el 28 de Marzo no será posible salir, decia dicho señor á nuestro enfermo. S. S. Ilma. está aún demasíade débil... el camino es muy difícil y largo...

no hay ranchos donde poder alojarse... por todas partes se encuentran incomodidades y peligros; se verá obligado á comer mal y dormir peor... El más pequeño inconveniente podria ser causa de un mal mayor. Tenga paciencia, Monseñor, nada perdemos prorogando algunos dias nuestra salida, antes bien ganamos mucho. — Y puso el corazón de todos en paz, esperando que llegase el día 28.

El 25, fiesta de la Anunciacion de María Sma., Monseñor celebró por primera vez, después de su caída, la santa Misa; distribuyó la sagrada Comunión á diez y ocho personas, administró el Sacramento de la Confirmacion y después hizo un sermoncito á los nuevos soldados de Jesucristo.....
DOMINGO MILANESIO, Pbro.

CARTA IV.

Viaje de Mons. Cagliero sobre las cordilleras y llegada á Concepcion.

Concepcion de Chile, 11 de Abril de 1887.

MUY RDO. Y CARO PADRE D. BOSCO:

Voy á darle algunas noticias de Monseñor Cagliero, noticias copiosas y todas muy hermosas. ¿No es verdad que le proporciono un ratito de regocijo y satisfaccion? Quise hacerlo ya el día que llegamos á esta, pero nos hallábamos en la semana santa y bien sabe V. R. cuánto trabajo tienen los sacerdotes en dichos dias y particularmente aquí en América. Pero ahora que puedo disponer de un poco de tiempo, voy á cumplir la promesa que le hize de enviarle una detallada relacion del viaje de Mons. Cagliero, empezando desde la casa-cabaña, situada en una de las partes más altas de las cordilleras, y que fué su hospital durante 25 dias, hasta su llegada á Concepcion. Desde luego le diré que dicho viaje, el cual duró diez dias, fué un continuo triunfo para el noble convaleciente; y bien se convencerá de ello al leer los hechos que paso á narrarle.

1º. Última funcion religiosa en Malbarco y sermon de Monseñor. — La víspera de la salida era Domingo, y la concurrencia á la mision fué mucho más grande que los demás dias. El motivo principal de esta afluencia de personas, no fué tanto el santificar la fiesta, oyendo la santa Misa, de la cual los dispensaba la grande distancia á que se hallaban, como el deseo de poder ver aún una vez más á Monseñor, recibir de sus manos el Pan eucarístico y su última bendicion. Hubo aquel día 35 comuniones y algunas confirmaciones; número grande si se considera que la mision ya llevaba unos dos meses en aquellos parajes. Monseñor celebró la santa Misa, distribuyó la comunión, administró la confirmacion, y después, aunque muy cansado, no se contentó con dar á aquella buena gente su última bendicion; pareciale poco para pagar el sacrificio que habian hecho andando tantas leguas para llegar hasta allí. Concluida, pues, la funcion, dirigió la palabra á aquel pequeño pueblo, en pri-

mer lugar, para darle las gracias por todas las pruebas de cariño que le habia manifestado durante todo el tiempo de la mision, y además para dejarle algunos recuerdos, con el objeto de conservar y aumentar el fruto que habia sacado. Entre otras cosas recuerdo un hermoso pensamiento, que salió espontáneamente de sus labios, y que sin duda alguna permanecerá impreso para siempre en la mente y en el corazon de aquellas buenas personas. « Cuidaos de las caidas, dijo Monseñor, y tomad toda clase de precauciones para evitarlas. No es de las caidas de á caballo que entiendo yo hablaros, sino de las caidas en el pecado, y especialmente en el pecado mortal. ¡Ah! ; qué horrible precipicio es el pecado mortal! ; qué espantosas consecuencias no trae consigo á veces una sola de esas caidas! Una caida de á caballo por más que sea grave, no es siempre fatal; algunos dias de cama y unos pocos remedios, bastan casi siempre para remediarlo todo. A mí me bastaron 25 dias para entrar en convalecencia y tener la esperanza de una pronta y completa mejoría, y eso que la caida era evidentemente mortal. Pero ¿qué esperanza le queda al que cae en el pecado mortal, principalmente si la caida se repite? El Sr. D. Lucas, á pesar de todos sus cuidados, de todos sus remedios y de toda su capacidad y buena voluntad, jamás podría curaros como me ha curado á mí; necesitaríais al sacerdote, pero éste desgraciadamente no lo teneis aquí, ó si lo teneis es muy raras veces. Por esto es que una de estas caidas mortales, puede ser para vosotros causa nada menos que de eterna condenacion, de sufrir un fuego eterno. ¡Ah! ; qué desgracia! Huid, huid con todas vuestras fuerzas de semejantes caidas. Cáese con facilidad, pero es muy difícil levantarse. » Magnífico pensamiento, que expresado por Monseñor con brio, aunque con bastante trabajo, valió todo un sermon y puso término á aquella edificante mision.

Lo demás del dia se pasó en hacer los preparativos del viaje. Para atravesar las Cordilleras se necesitan caballos especiales. Los de los Misioneros, acostumbrados á pisar las arenas del desierto, eran poco menos que inútiles; ¿qué hacer, pues? Un apreciable señor llamado Don Piloteo Sanmartin, nos ofreció generosamente los suyos para la expedicion; diónos tambien algunas provisiones para comer, y lo que es más, se ofreció él mismo á acompañar á Monseñor. Es un buen viejo de unos 70 años de edad; tiene familia, negocios é intereses importantes en aquellas montañas; sin embargo se ofreció muy gustoso á hacer un viaje tan penoso, á fin de dar un prueba más á Monseñor de lo muy agradecido que le estaba. El Señor le recompense su tanta bondad y generosidad.

2º. El adios á Malbarco. - Escena conmovedora. — Al despuntar la aurora del dia 28, ya nos hallábamos en pié para ofrecer el santo sacrificio y hacer los últimos preparativos. Llegada la hora de la salida, todos vimos con grande sorpresa nuestra, que aquellos buenos chilenos

que habian acudido la víspera á la mision, se hallaban todavia allí. Y ¿sabe V. R. para qué? Pues para dar el último adios á Monseñor y á los Misioneros y recibir su última bendicion. En efecto, cuando vieron que Monseñor se disponia á montar á caballo, todos, hombres, mujeres, viejos y niños rodearon á Monseñor, y de rodillas besaron su anillo y le pidieron la bendicion ¿Me creerá V. R., amadísimo Don Bosco, si le digo que casi todos lloraban? Pues así fué. Pero ¿qué objeto tenian aquellas lágrimas? Creo no equivocarme si afirmo que eran lágrimas de alegría y de dolor. De dolor, pensando que Monseñor estaba ya para dejarlos y quien sabe si lo volverían á ver... pues á duras penas podia tenerse en pie y sin embargo iba á emprender un viaje tan largo y peligroso. Y, á la verdad, era cosa que arrancaba las lágrimas ver los grandes esfuerzos que tuvo que hacer para poderse acomodar en la silla. Fué necesario que cuatro hombres robustos lo levantáran en peso, y muy despacio lo colocasen sobre el caballo. Nadie se atrevia á hablar; pero en aquel instante un horroroso pensamiento pasó por la mente á todos: ¿Y si aconteciera otra desgracia? ¿Y si no pudiera llegar al término de su viaje?... Pero he dicho que tambien lloraban de alegría; sí, estoy casi cierto de ello, porque no podian menos de alegrarse al ver que Monseñor, aunque débil aún, tenia sin embargo fuerzas suficientes para poder seguir el viaje. Ellos que lo amaban tanto, que habian tenido tanto miedo de perderlo y que habian pedido tanto en sus oraciones al Señor, ¿cómo no debian gozar al verlo no solo fuera de peligro, si que en vísperas de una completa mejoría?

3º. La salida; el primer dia de viaje. - Vota-Mallin. — Nuestra pequeña caravana dió el último adios á toda aquella buena gente y se puso en marcha á eso de las 8 de la mañana. Monseñor, D. Milanésio, D. Panaro, el precitado médico de Monseñor, Sr. D. Lucas Becerra, el buen anciano de quien he hablado ya, Zanchetta y el infrascrito, componian la comitiva. Venian tambien con nosotros tres jóvenes listos y robustos, los cuales se habian puesto á nuestra disposicion, para todo lo que fuese necesario. Caminábamos con bastante lentitud. Era la primera vez que Monseñor montaba á caballo después de su caida, y el estado en que se hallaba era preciso evitar todo movimiento que fuese brusco; de esta suerte se andaba despacio, es verdad, pero bien ó menos mal.

El primer dia pasó sin inconveniente alguno. Yo temblaba viendo al pobre Monseñor mal acomodado en su caballo, y que sufría no pudiendo apoyar la espalda á ninguna parte. Bajamos, pues, á un valle por donde corre el rio Lileo, y comenzamos á andar de una parte á otra, siguiendo las mil caprichosas curvas, hasta llegar al anochecer á un rincon formado por el encuentro de dos valles, al cual danle el nombre de Vota-Mallin.

Monseñor estaba muy cansado, y no podia

menos de ser así, si se considera que hasta aquel día no había podido pasar sino algunas horas fuera de la cama, y estas con no poca fatiga. Se le preparó primero una taza de caldo y después una tienda con su cama, compuesta de algunas pieles, colocadas sobre un monton de yerbas y hojas, que recogimos por aquellos alrededores. Dicha cama era demasiado dura para nuestro enfermo, pero no había más remedio que tener paciencia, pues no permitiéndolo el sitio y faltándonos todo lo necesario, tuvimos que hacer de necesidad virtud y contentarnos con lo poco que podíamos tener. Los demás nos echamos á dormir en el suelo, alrededor de la tienda de Monseñor, y descansamos como se suele descansar generalmente despues de haber pasado todo el día montado á caballo; esto es, á las mil maravillas.

4°. El segundo día de viaje. - Pequeñas aventuras. - Un lago. — Al otro día por la mañana nos hicimos de cargo que teníamos una colcha de más; durante la noche, el cielo, viéndonos tan mal abrigados, se compadeció de nosotros, y nos regaló una hermosa colcha blanca, algo delgada, es verdad, pero de un efecto muy bonito. No era nieve, pero si algo que se le parecía mucho. Los indigenos la llaman escarcha, y nosotros en italiano *brina*.

Después de haberla sacudido, y calentado el estómago con un poco de café, sin pérdida de tiempo proseguimos nuestro viaje. Sin embargo, antes de salir se discutió un poco. Tratábase de atravesar la montaña, detrás de la cual comenzaba ya el territorio chileno. Para llegar allá hay dos caminos; uno bastante corto, pero de difícilísima subida; otro menos difícil, pero mucho más largo. Yo conocia el primero, por haberlo pasado cuando fui á Malbarco y me acuerdo que fué un milagro si llegué vivo, pues está lleno de grandísimos peligros, y es necesario bajarse del caballo muchísimas veces. Por cuyo motivo yo era de parecer que se tomase el otro más largo, pues me parecía además poco prudente conducir á Monseñor por aquel camino y exponernos todos á tantos peligros; mejor es llegar tarde y bien, que no pronto y mal. Los otros tres compañeros que conocian las dificultades de aquel paso, eran del mismo parecer, de suerte que nos resolvimos á ir por la parte izquierda, buscando el sendero que debía conducirnos al valle por donde corren las primeras aguas chilenas. En este sitio perdió Monseñor sus zapatos, pues á la mula que llevaba su ropa le dió por brincar y correr, hasta que por fin concluyó con tirar por tierra toda la carga. Los que la recogieron dejaron olvidados los referidos zapatos. Nos hicimos de cargo por la noche pero ya no tenia remedio, por la mucha distancia á que nos hallábamos; de suerte que Monseñor se vió obligado á entrar en Chile con las chinelas.

La primera cosa que alegró nuestra vista al poner los pies en el territorio chileno, fué una hermosísima laguna, llamada Treyle, de 400 metros de largueza por 150 de anchura. Al lado

hállanse todavía las cabañas, ya casi todas arruinadas, ocupadas por las guardias chilenas en los meses que la República Argentina estaba infestada por el cólera. Pero este huésped no necesita permiso alguno para entrar donde quiere, puesto que en poco tiempo tambien los departamentos del norte de Chile, y más que todos, la capital de la República, Santiago, estaban infestadas. No hay precaucion suficiente para detener la mano de Dios, cuando éste se propone castigar á una nacion.

5°. Horrible sendero en la Gran Vega. - Acampamento en las orillas del rio. — Después de haber recorrido la cima de una montaña muy alta, bajamos á una interminable llanura, llamada la Gran Vega. El único inconveniente que encontramos aquí, fué el camino, el cual era tan malo, que no nos fué posible seguir la marcha á caballo. Era una enorme cantera colocada á los lados de la montaña, por la cual era necesario trepar para pasar al lado opuesto. No es poco el valor que se necesita en estos trances para permanecer montado sobre un caballo, que, si por desgracia pone un pié en falso, cae rodando juntamente con el caballero y va á dar á las profundidades de un abismo terrible. Nosotros, que en cuanto á valor no teníamos de sobra, especialmente después de la catástrofe acaecida á Monseñor, creimos prudente bajarnos del caballo llevándolo por la brida, hasta salir, del mejor modo que pudiésemos, de aquel gravísimo peligro. Es tan difícil y enredoso aquel paso que hasta los mismos caballos no quisieron pasarlo. Llegados allá, se volvieron atrás, y después comenzaron á subir por la montaña, hasta que llegaron á un punto donde no podia ir quien los guiaba, y allá se quedaron toda la noche. Sin tener alas no era posible llegar hasta aquel sitio.

Al día siguiente por la mañana, dos de nuestros jóvenes se volvieron atrás para buscarlos, y tuvieron tanta suerte que los encontraron. Sin embargo nuestros cálculos de llegar hasta un sitio llamado Porcura y allá pasar la segunda noche, no se pudieron realizar. Nos cogió la noche, en un lugar bastante peligroso, y juzgamos prudente el pararnos allí, á fin de evitar alguna desgracia. Colocamos, pues, las tiendas á la orilla de un rio, y pasamos la noche del mismo modo que la anterior.

Sin embargo, nuestro Monseñor se hallaba más cansado que el día precedente, y confesó que no podria descansar sino se le preparaba una cama mucho más blanda. Entonces nos recordamos que una de las mulas venia cargada de lana, perteneciente á uno de los jóvenes que nos acompañaban.

Con ella pudimos prepararle una cama mucho más blanda que la primera. En esta noche no tuvimos el regalo del cielo, esto es, no cayó la escarcha, y á las 5, deseosos de ganar tiempo, estábamos ya en pié, dispuestos á continuar nuestro interrumpido viaje.

6°. Tercer día de viaje. - Una mula al fondo de un precipicio. - Contrariedades. — En este tercer día, 30 de Marzo, tuvieron lugar varios incidentes desagradables. Fué el primero que no pudimos salir á las 5, como habíamos pensado el día anterior, sino á las 8; causa de este retardo fueron los caballos que habían huido en busca de alimento; tres horas se necesitaron para hallarlos, reunirlos y ensillarlos. Este primer incidente desconcertó todos nuestros planes, y vino luego el segundo que los destruyó completamente.

Vadeado el río *Porcura*, tratábase de subir una cuesta muy empinada, llamada, sino me equivoco, *Huemul*, ó sea, montaña de los ciervos. Ya hacía más da media hora que con gritos y golpes animábamos á nuestros caballos; algunos de ellos, muy cansados, no podían obedecer, y era preciso dejarlos descansar con frecuencia para que tomasen aliento. Por este motivo no íbamos ya todos juntos. Los caballos mejores y que llevaban menos peso iban delante, los más cansados y cargados se quedaron atrás. Yo me quedé al lado de Monseñor. En esto, oigo de repente un gran ruido como el de una grande piedra que se desprende y rueda por la montaña. Un sudor frío se apoderó de mí. ¿Se habrá caído alguno? me pregunté. No puede ser, porque en tal caso se habría dejado oír al menos un grito. A fin de tranquilizarme dije para mí: Será alguna piedra que movida por alguno de los animales, rodó por la pendiente y causó este ruido. Con semejante raciocinio se apaciguó también Monseñor, quien se hallaba ya inquieto, temiendo que hubiese sucedido alguna nueva desgracia. Pasaron algunos minutos, cuando uno de los guías, después de haber contado las bestias: — Me falta una mula, exclamó. — Búscase por todas partes, pero en vano. Sin embargo era necesario hallarla, pues era la que llevaba todo el equipaje de Monseñor. Por fin se encontró, ¿y sabe V. R. dónde? Allá abajo, al pie de la montaña, magullada y muerta. Otra desgracia fué unida á esta, esto es, la de haberse roto la olla donde calentábamos el caldo para Monseñor, del cual tuvo necesidad no pocas veces. Sin embargo, Dios Ntro. Señor que había permitido dicha desgracia, dióle suficientes fuerzas para resistir y seguir cabalgando sin novedad.

Este incidente nos hizo perder bastante tiempo, pues fué necesario buscar otra mula y cargarla bien, antes de emprender nuevamente el viaje.

Nuestro cálculo era de llegar hasta la primera casa chilena, donde nos esperaban con vehemente deseo, para pasar allí la noche. Pero dichas contrariedades no nos permitieron llevarlo á cabo y ya nos habíamos resignado á pasar otra noche á la claridad de la luna.

En aquel día no descansamos nada, solamente tomamos á prisa alguna cosa y luego continuamos el viaje, á fin de probar si era posible ganar el tiempo que habíamos perdido.

7°. Bajada peligrosa. - Irresolucion en proseguir el viaje por la noche. - Un mensajero persuade á Monseñor que continúe la marcha. — A las 3 de de la tarde estábamos ya sobre la cima de la montaña más alta; la bajada era horrible; yo lo sabía porque la había pasado pocos días antes, pero al contrario, esto es, subiéndola; lo sabían también Don Lucas y D. Filoteo, y viendo á Monseñor muy cansado nos pusimos de acuerdo en pararnos y pasar allí la noche. Monseñor, pensando en el bien de todos, si bien tenía gran necesidad de descanso, se decidió á continuar la marcha para aprovechar aquellas horas de sol que nos quedaban.

Dormiremos en el valle, dijo, pues al menos mañana por la mañana podremos arreglarlo todo y llegar á buena hora á casa del Sr. D. Joaquín Lantagno, que nos espera. — De allí á un poco nos paramos por algunos minutos, y luego comenzamos á bajar, divididos en dos escuadras. Monseñor, D. Milanesio, D. Filoteo y yo, formábamos la vanguardia; D. Panaro, D. Lucas y los tres jóvenes con todos los animales de carga formaban la retaguardia. Hizímonos todos ántes la señal de la cruz, invocamos mentalmente á María Auxiliadora y al Angel Custodio y en seguida dimos principio á la bajada. Era la última pero la más larga y peligrosa. En cuanto á mí, lo digo francamente, no tuve bastante valor para pasar por aquellos precipicios á caballo. No, decía, no quiero exponerme al peligro pudiendo evitarlo; mis dos piernas son más seguras que las patas del caballo; si caigo no me haré tanto daño. Además el caballo tiene cuatro patas, y es suficiente que le resbale una para que pierda el equilibrio y me arroje quién sabe en donde. Me bajé, pues, del caballo y cogiendo las riendas me resigné á andar á pie todo aquel horrible trecho, á trueque de llegar al fondo sin zapatos. Monseñor hubiera deseado hacer lo mismo, pero no tenía suficientes fuerzas para estar en pie; confiaba además en su caballo que, después de tres días de prueba, tenía por excelente, y lo era en verdad.

Así caminamos durante dos horas y media sin interrupcion hasta llegar al fondo. En un punto tuvimos que descender todos del caballo. Se trataba de pasar por medio de una piedra cortada perpendicularmente, por más de un metro de altura. Me recuerdo que la primera vez que me tocó pasar por aquel sitio, los guías que me acompañaban y yo, tuvimos que atar una cuerda al cuello del caballo, y tirando por ella ayudarlo á subir aquella altura, bajo la cual se veía un abismo terrible.

En aquel sitio queríamos colocar nuestras tiendas y prepararnos para pasar la noche. La retaguardia no había llegado aún y quién sabé cuánto tardaría. El sol nos mandaba sus últimos rayos, y querer proseguir el camino á aquella hora hubiera sido una grande imprudencia; por cuyo motivo considerábamos una necesidad el pararnos. En este ínterin nos vino al encuentro un joven, que había hecho de guía á Monseñor y á los misioneros en la travesía del desierto de

la Patagonia, y nos animó á que prosiguiésemos el viaje y terminarlo aquella misma tarde, diciéndonos tantas cosas... que la familia Lantagno nos esperaba... que un Padre Franciscano habia llegado pocas horas antes de Chillan (nada menos que 20 leguas debió caminar), con una berlina para esperarnos y conducirnos al convento de Chillan... que él conocia muy bien los senderos... que no habia peligro alguno, y en fin tantas otras cosas, que nosotros nos resolvimos á continuar el viaje. — Vamos, decia Monseñor, tres leguas poco más ó menos, es nada. Estamos ya muy cansados, pero no importa; hagamos un esfuerzo y después nos hallaremos al fin de este camino horrible. Así podremos descansar en una buena cama, restaurar un poco nuestras fuerzas y mañana continuaremos el viaje en coche. — Pues adelante. Y sin ni siquiera bajar del caballo por un momento, seguimos.

8°. De noche en una floresta. - Temor del leon. - A la orilla del rio. - Un fuego lejano. - Casa-hospital. — El mayor peligro por entonces, lo constituia la noche que se acercaba, pues los senderos eran lo más espantoso que se puede imaginar. Estábamos en un valle, es cierto, y en un valle llamado *hermoso*, pero nada tenia de ello, si se exceptuan algunos árboles muy espesos y gigantescos y las cristalinas aguas del rio que pasa por allí; pero lo que es el camino no tiene nada de bonito y sí mucho de feo. — ¡Qué ironía! decia Monseñor, llaman hermoso á un valle tan horroroso y que bien hubiera podido servir de modelo á nuestro Dante para pintar el más espantoso de sus antros infernales.

En este sitio dejamos sueltos los caballos para que pudiesen pasar más fácilmente. — Ahora solo faltaría que viniese algun leon á hacernos una visita, decíamos nosotros; — y no era tan difícil habiéndonos dicho que el leon llamado *Puma* anda por aquellas partes durante la noche en busca de comida. Si tiene mucha hambre asalta tambien al hombre, si éste no se esconde ó defiende. Pero ¿no sería ya una grande desgracia para nosotros, si se nos hubiesen perdido los caballos por aquellos sitios tan peligrosos? ¿Cómo haríamos entonces para seguir adelante? Pero el leon no vino; los caballos y las mulas tienen los huesos duros y él quiere carnes tiernas. Cuando salimos de aquel sitio nos encontramos á la orilla del rio. El peligro era aún más grande, la oscuridad, completa; ¡ay de aquel que se hubiese caido entonces! Después entramos de nuevo en una selva, más tarde fuimos á dar otra vez al rio, y siempre caminando por senderos llenos de troncos de árboles viejos. Los caballos andaban lentamente, pues tambien ellos veian el peligro por donde pasaban. Nosotros íbamos en silencio. Es una gran verdad que el miedo quita hasta el uso de la palabra, y nosotros en aquellos momentos teníamos verdaderamente miedo; rogábamos más con el corazon que con la boca, y pedíamos á nuestro Angel Custodio que, hallán-

donos nosotros sin guía, se dignase guiarnos él. Tambien el jóven que nos acompañaba se habia quedado mudo. — Amigo, le preguntamos una vez; ¿está todavia muy lejos la casa del Sr. Lantagno? — Está allá, á la otra parte del rio, de aquí á una media hora llegaremos. Fijando después la vista hácia la orilla de enfrente vimos á lo lejos una luz, que parecía la habian puesto expresamente para indicarnos el camino que debíamos seguir. Era una grande hoguera, encendida por una familia en un patio, con el fin de calentarse. En fin, como á Dios plugo, después de dos horas pasadas en una completa oscuridad, en continuo peligro de dar con las narices en algun árbol, ó lo que es peor, ir á parar en algun hoyo, llegamos á las 8 de la noche á casa de D. Joaquin Lantagno, sin haber tomado casi un solo momento de descanso desde las 8 de la mañana. Nadie nos esperaba ya á aquella hora y les parecia imposible que extranjeros, que no conocian aquellos parajes, principalmente con un obispo enfermo, se atreviesen á caminar con tanta oscuridad, entre aquellos peligros y á aquellas horas. Así nos lo dijeron después. ¡Qué sorpresa tan grande para toda aquella familia! ¡Cuán cordialmente recibieron á Monseñor! Se habló un poco; se cenó á prisa, y en seguida nos fuimos á la cama. Teníamos necesidad de comer, pero mucho más de dormir; y si hubiésemos debido escoger entre una buena cama, y una buena comida, todos hubiéramos preferido indudablemente lo segundo. Pero nosotros, gracias á la generosidad de los amos de casa, tuvimos lo uno y lo otro. D. Panaro y los compañeros que se habian parado dos leguas atrás, nos alcanzaron al dia siguiente por la mañana. El camino que habíamos recorrido se llama: *Los Imposibles y la Tiraña*.

9°. Capilla improvisada. - La Colonia asiste á la Santa Misa. - Deseo de recibir la Confirmacion. - Sacrificios para cumplir con el precepto Pascual. - La fábrica del Sr. Lantagno. — Por la mañana nos esperaba una grande sorpresa. En una habitacion muy bonita, habian preparado un altar con todo lo necesario para celebrar la santa Misa. El R. P. Franciscano, Fray Juan Francisco Acituna, ex-guardian del Convento de Chillan, venido desde allá expresamente, recorriendo un camino de cerca 100 kilomentros, nos trajo un altar portátil, siendo ésta una inspiracion hermosa, puesto que Monseñor hallándose con fuerzas suficientes deseó celebrar, y así lo hizo á eso de las 8. No solamente los dueños de la casa, sino tambien todos los criados y empleados de aquel gran establecimiento de maderas, que entre todos eran más de ciento, asistieron con grande devocion al santo sacrificio, y esto fué debido á la bondad suma del dueño de la casa que lo permitió, aunque se tuviese que interrumpir el trabajo. Ningun obispo, ¡que digo! ningun sacerdote, habia pasado jamás por aquellos parajes; y entonces tenian no solo un obispo sino tambien cuatro sacerdotes entre ellos; ¡Cuán bien se veia pia-

tada la alegría en el rostro de todas aquellas personas, por tan inesperado acontecimiento! Concluido el santo Sacrificio, Monseñor dirigió á los circunstantes algunas palabras. Él es así; donde encuentra un grupo de personas, es menester que hable; parécete que no está completa la función si no dice algo. — Las funciones mudas, dice él, no me gustan ni las quiero; — y así lo prueba con los hechos. Durante aquel día muchas de aquellas personas suplicaron á Monseñor que les administrase la Confirmación. — De buena gana, contestábaseles, pero para esto sería necesario que nos detuviéramos aquí por algunos días, les diésemos á Vdes. una pequeña Misión, á fin de instruirlos bien acerca de las disposiciones y virtudes que se requieren para recibir este sacramento, como son la confesión, catecismo, etc. etc., y todo esto, como Vdes. comprenderán, requiere un poco de tiempo, del cual nosotros no disponemos, pues es preciso que mañana mismo nos hallemos en Chillan. Tengan, pues, paciencia; lo que no podemos hacer hoy, lo haremos quizá muy pronto. En el tiempo Pascual tendrán Vdes. una Misión por algunos días; no faltará quien les confiese y comulgue, y quien confirme y bautice á sus hijos. Se lo prometo, estén Vdes. tranquilos. — Con esto se consolaron bastante.

Monseñor quiso premiar tanta fe y prometió hablar al Rdmo. Sr. Vicario Capitular, á fin de que mandase de cuando en cuando algún Misionero por aquellas partes. En efecto, obtuvo del Padre Guardian de Chillan, la promesa de que enviaría con frecuencia á alguno de los Padres de su Convento. La Delegación del Sr. Vicario no tardará en llegar.

Es cosa que verdaderamente hace llorar. Habitan en aquellas selvas, cerca de 900 personas, que viven á unos cien kilómetros distantes de Chillan. Son todas buenas, sin excepcion alguna. En cuanto á cumplir con el precepto Pascual, debe decirse que son muy diligentes á pesar de lo muchísimo que les cuesta, pues tienen que andar tres días á pie para llegar á la ciudad. Sin embargo, segun nos dijeron, es tanta su fe y piedad que no queda ninguno sin cumplir; pero la Confirmación..... creo que ninguno la recibió aún. Había allí ancianos, cubiertos de canas, que á pesar de su buena voluntad, aún no habian podido recibir el beneficio de este Sacramento.

Fué, pues, en aquella casa donde Monseñor recibió la primera prueba del cariño que le profesaban los chilenos. Durante el día que nos paramos allí, venian los niños, mandados por sus buenas madres, trayendo quien un pollo, quien una gallina, quien una docena de huevos. — ¿Para quién son estas cosas tan buenas? preguntábaseles sonriendo Monseñor. — *Para el Obispo enfermo*, contestaban ingénuamente; y se iban tan contentos porque habian podido recibir de Monseñor una caricia ó alguna medallita.

Visitamos en aquel día el gran aserradero, que el Sr. D. Joaquin Lantagno fundó en aquellos sitios. Es un establecimiento de primer orden,

montado á la europea; tiene máquinas para aserrar de gran fuerza; constituyen un verdadero modelo en su género. Nos decia D. Joaquin que en las ocho horas de trabajo diario podíanse preparar hasta 800 tablones, bien cepillados y lisos; en el verano se llega á preparar hasta 1,300. Tuvo, empero, que vencer muchos obstáculos que parecían insuperables, y hacer gastos enormes para trasportar las máquinas en medio de aquellas montañas; vióse en la necesidad de hacer abrir á costa suya un camino especial, pero todo lo venció con la energía de su voluntad, y ahora saca una ganancia, que le recompensa muy bien sus pasados sacrificios.

10°. Salida para Chillan. - Honores hechos á Monseñor por el camino. - Pinta. — Para aquella familia hubiera sido un gran consuelo tener allí á Monseñor por algunos días, pero no era posible. Ya habíamos hecho el itinerario de todo el viaje y no lo queríamos cambiar sin necesidad. El día primero de Abril se celebraron cuatro misas. La última fué la de Monseñor, seguida de un pequeño sermón sobre la Sma. Virgen, por ser aquel día viernes, en que, la Santa Iglesia recordaba sus dolores. A dichas misas asistió toda la colonia. Dando gracias á todos aquellos buenos señores por todos los favores que nos habian hecho, nos metimos en el coche, enviado expresamente de Chillan por la madre del Sr. D. Joaquin, señora de singular piedad.

Formando dos hileras en medio del patio, las mujeres á un lado y los hombres á otro, nos aguardaban todas aquellas buenas personas, con las manos llenas de flores que arrojaban sobre Monseñor cuando pasaba. Enseguida comenzaron á correr tras el coche, y nos acompañaron por un buen trecho de camino, hasta que Monseñor se vió obligado á rogarles que se volviesen atrás.

Desde este punto hasta llegar á Chillan, el viaje fué un verdadero triunfo para Monseñor. Todas las cabañas que se encontraban al paso, hallábanse adornadas con arcos y flores, por debajo de los cuales pasaba el coche. Esto fué por espacio de tres leguas. La gente en silencio, estaba de rodillas en las aceras de las calles para recibir la bendición. — ¡Qué fe, qué fe viva, tienen estos buenos chilenos!, exclamaba á cada paso Monseñor. Solamente en nuestros pueblos se ven estas cosas. Acontecieron más de una vez tener que parar el coche; ora una viejecita, ora una criatura, hacia señal al cochero para que se parase, á fin de hablar con Monseñor; acercábase entonces á la ventanilla y con voz temblorosa le decia: — Tome V. Monseñor — y le presentaba un pañuelo con huevos. A eso da las dos de la tarde las cabañas iban aumentando, y con ellas aumentaban tambien los arcos y los adornos; conocíase que nos íbamos acercando á alguna poblacion. Algunas casas tenían la bandera izada.

En cierto punto nos esperaban varios hombres montados á caballo; álguien los habia mandado

seguramente para explorar. Más adelante una grande polvareda, nos advertía que venía un buen número de personas. En efecto; unos cuarenta hombres montados á caballo, todos llenos de polvo y sudor, guiados por dos frailes Franciscanos, venían de un pueblecito vecino, para dar á Monseñor la bienvenida. El grupo de los caballeros fué aumentando cada vez más hasta Pinta, pequeño pueblo distante 7 leguas de Chillan.

11°. Recibimiento en Pinta. - Sermón. — En Pinta el espectáculo se hizo más imponente. Toda la poblacion vestida de fiesta, franqueaba una de las calles por la cual hicieron pasar el coche, y mientras éste pasaba lentamente, todos, sombrero en mano y rodilla en tierra, pedían y recibían la bendicion. Llegados al centro del pueblo, ya no les fué posible á los caballos dar un paso más; habia peligro de causar alguna desgracia. A los dos Padres Franciscanos, á pesar de todos los esfuerzos que hicieron, tampoco les fué posible abrir un pequeño paso, en medio de tantísima gente. Todos querían ver á Monseñor. ¿Qué hacer entonces para contentar á todos? — ¿No hay por aquí cerca una capilla? — preguntó Monseñor á uno de aquellos Padres. — Si, Monseñor le contestaron, hay una distante muy pocos pasos. — Pues bien, añadió Monseñor, déjenme Vdes. bajar un momento, pues quiero decir dos palabras á este número de gentío. — Así se hizo. Comprendióse luego el deseo de Monseñor, y en un instante se llenó la pequeña iglesia. Cuando llegó al altar hizo una breve oracion, y después dirigió la palabra á aquella concurrencia. ¿Qué dijo? Lo que él solamente sabe decir en ciertos momentos de entusiasmo. No tiene entonces necesidad de buscar las palabras; salen naturalmente de sus labios, y sin querer ser elocuente, dice cosas elocuentísimas. En aquel momento se olvidó de que estaba enfermo; de que uno de sus pulmones no funcionaba sino con fatiga; de que casi era una imprudencia lo que hacia; en fin, olvidóse de todo dejándose trasportar de su celo. Alabó la fe de aquel pueblo: — « Es este, dijo, el más rico tesoro que el hombre puede desear sobre la tierra. El cristiano que conserva con celo este tesoro, es más rico que el que posee millones y no tiene fe. Un pueblo que cree, es feliz hasta en la desgracia; un pueblo que no cree, es desgraciado aun cuando se considere feliz. Y que vosotros poseáis esta fe, y que ella está viva en vuestros corazones, estoy muy cierto de ello; una poblacion incrédula no recibe á un obispo de la Santa Romana Iglesia, á un Obispo que no conoce, que no es el suyo, como me habeis recibido á mí de paso entre vosotros. » — Siguió luego animándolos á la perseverancia; habló de su mision; de las leguas que habia andado, de los trabajos sufridos, de su caida, de su curacion milagrosa; habló de aquellas tribus de la Patagonia, pocos meses ha aún paganas y ahora cristianas; y por fin trató de la Mision que venía á cumplir en Chile... — Te saludo; oh tierra de Chile! concluyó diciendo,

tengo ahora evidentes pruebas de que es grande tu fe: los que te conocian te llevaban á las nubes; yo uní hoy á ellos mi voz para celebrar la más hermosa de tus glorias, es decir, la que nace de tu fe. ¡ Bendigate Dios y conserve en tu pueblo la fe que posee, para que sea ella la mejor herencia de tus hijos! — Dada la bendicion y hecha una breve oracion, Monseñor fué con su acompañamiento á descansar un poco en casa de una de las principales familias de aquel pueblo.

Querían que pasase allí la noche, pero no creyó oportuno aceptar, puesto que se podía ir con comodidad hasta Chillan. Y así se hizo.

12°. Llegada á Chillan. - Los Rdos. Padres Franciscanos. - El *Te Deum*. - El sermón del Obispo. — Acompañados por aquellos buenos Franciscanos, llegamos á Chillan á eso de las 5 de la tarde. Toda la Comunidad franciscana compuesta de unos 80 religiosos, entre profesos y coristas con el Padre Guardian, á pesar de su delicado estado de su salud, salieron á recibirnos y darnos la bienvenida. En muy poco tiempo, llenóse como por encanto, todo el templo de gente, llamada por el repiquetéo de las campanas y Monseñor hallóse rodeado nuevamente de un numeroso pueblo, que esperaba de rodillas su bendicion. Llegado al altar, los cantores entonaron un motete solemne y después un *Te Deum* con acompañamiento de orquesta. Se dió la bendicion con el Smo. Sacramento, creyendo todos que la funcion hubiese ya terminado; pero Monseñor quiso prolongarla aún un poquito con otra platiquilla.

« Bien habeis hecho en cantar un solemne *Te Deum*, dijo. Verdad es que era este un deber mio y de mis hermanos, por los muchos beneficios que Dios Ntro. Señor se dignó concedernos y particularmente á mí; pero nosotros somos pocos y mi voz es además muy débil... no puedo... Vuestras dulces armonias han sido ya sin duda presentadas por los ángeles ante el trono de Dios; por todo lo cual os doy las más sentidas gracias. Pero muchos otros eran los motivos que nos obligaban á cantar un *Te Deum*. Primeramente porque hemos llevado á cabo una mision que hacia ya cinco meses habíamos empezado, y la cual produjo frutos mucho más abundantes de lo que nosotros esperábamos. El Señor ha bendecido nuestras pobres fatigas y nos ha otorgado el favor de poder aumentar su grey con muchos miles de nuevos cristianos. Hemos atravesado de Este á Oeste todo el desierto de la Patagonia, y en todas partes hemos plantado la cruz de Jesucristo. Tambien en aquellas regiones habrá en adelante quien adore y ame á nuestro Salvador. Debíamos en segundo lugar cantar un *Te Deum*, para dar gracias á Dios por el grande favor que me ha hecho á mí particularmente. Yo no debería estar aquí en este momento; si me hallo entre vosotros lo debo á una gracia especial de la Divina Providencia, que no abandona jamás á los que en ella confían. Humanamente hablando, cuando tuvo lugar mi caida, yo

debía quedar muerto en el acto, pues fué una caída mortal. Si estoy aún vivo y en plena convalecencia débolo, después de Dios, también á un excelente chileno, á un compatriota vuestro, que muchos de vosotros conocéis y amais; está aquí á mi lado y por consiguiente no es preciso que os lo nombre (1). Debiase en tercer lugar cantar un *Te Deum*, porque después de varios años de ardientes súplicas, después de haberse superado mil dificultades, púdose abrir aquí entre vosotros, la primera Casa Salesiana. Vengo á Chile, enviado por mi Superior D. Bosco, para echar los cimientos de un colegio, que será pequeño ahora, pero que con el tiempo se irá haciendo grande, si el Señor se digna bendecirlo. Otros muchos se abrirán más adelante, y tan pronto como la caridad del pueblo chileno nos ayude en esta grande empresa. » — Luego volvió á hablar de la fe, de sus bellezas y de sus propiedades. Monseñor se hallaba tan admirado de lo que había visto en aquel día, que no hablaba sino de fe. — « Tú tienes esta fe ; oh pueblo de Chile ! cúidala con esmero, pues mientras seas creyente, serás también grande. Manos sacrílegas manos enemigas se fuerzan en arruinar este fundamento de tu grandeza ; pero tú, lucha contra esos enemigos con más valor aún que contra los enemigos de tu patria. La impiedad nada conseguirá de tí, mientras no arranque de tu corazón el tesoro de tu fe ; pero te harías semejante á ella, y tú también serías un pueblo impío, como muchos otros, el día en que desventuradamente, cansado de luchar, arrojáras lejos de tí las armas y dejaras de creer. No ; has demostrado que corre por tus venas sangre de héroes ; has combatido y vencido á los enemigos de tu patria (1) ; prosigue, pues, combatiendo y procura vencer á los enemigos de tu fe ; las victorias que conseguirás en estas luchas ilustrarán aún más á tus hijos que las que has conseguido en los campos de batalla. Estas están escritas con sangre ; escribirás aquellas y las escribirán tus hijos, pero con oro. »

13°. El himno nacional chileno - Grandes y afectuosas instancias para que Monseñor se parase algun tiempo. - D. Esperidion Herrera y la noticia de un Salesiano moribundo en Concepcion. — Después de habernos dado el saludo de paz en la iglesia, nos lo dieron patrióticamente en el convento por medio del himno chileno, tocado con armonium y acompañamiento de una pequeña orquesta franciscana. No es para describirse la alegría que reinaba entonces en aquella comunidad, y que siguió reinando todo el tiempo que permanecimos allí.

Nosotros habíamos formado ya nuestro plan. Era, pues, el siguiente : pararnos 4 ó 5 días en el convento, á fin de descansar algun tanto, y poder cobrar fuerzas para celebrar más tarde la Semana Santa en Concepcion como se había convenido. Los religiosos no se contentaban con cinco días y pretendían quince al menos ; ó sinó

(1) El Sr. D. Lucas Becerra es oriundo de Chillan.

(2) Se refiere á la guerra con el Perú y la Bolivia.

la Semana Santa. Debo decir también que al llegar á Chillan encontramos también al Sr. Secretario Don Esperidion Herrera, mandado expresamente por el Sr. Vicario Capitular de la Concepcion Dr. D. Benigno Cruz, para saludar á Monseñor en su nombre y en el de todo el clero de la Diócesis. Hé aquí las tristes nuevas que traía : — « Tenemos graves desgracias en casa, díjome casi llorando, y sin un milagro de S. José ó de María Auxiliadora no tienen remedio ; el pobre Serafin Buzio cayó gravemente enfermo el día mismo de S. José, y hállase ahora moribundo ; ayer lo dejé sin habla, viaticado y dispuesto ya á dar el gran paso ; todo está preparado para el entierro. Uno de los más vivos deseos que me manifestó cuando se hallaba aún en sí, fué el de tener á su lado á Monseñor y á sus hermanos antes de morir ; entonces..... si fué posible convendría salir luego. — ¿ Qué le parece á V. ? — Esta inesperada noticia causó en nosotros el efecto de un rayo. Al salir de casa había yo dejado á nuestro querido Serafin lleno de fuerzas, trabajando á más no poder en preparar á los niños para la solemnidad de S. José ; y á mi vuelta lo encuentro en el trance de la muerte ! No bien los Padres del Convento tuvieron conocimiento de lo que pasaba en nuestra casa, se afligieron muchísimo..... pero hubieran deseado que ocultáramos la cosa á Monseñor, mas él ya lo sabía todo, y tomó luego esta resolución : — Mañana por la mañana, enviad un telegrama á Concepcion para tener noticias del enfermo : si continúa en el mismo estado, saldremos enseguida ; si hubiere alguna mejoría, como lo espero, estaremos aquí hasta pasado mañana. Entre tanto roguemos y esperemos. S. José lo curará ; sois demasiado pocos en Concepcion, para que uno de vosotros deba irse al cielo recién llegado á Chile. La contestacion al telegrama fué poco satisfactoria : « El peligro es grave aún, apenas se nota una leve mejoría. »

14°. Misa de la Comunión. - El Domingo de Ramos. - Bondad y cortesía de los Padres Franciscanos - Telegrama del Vicario Capitular. — Nos paramos un día con los Padres, porque podían resignarse á dejarnos salir, y contaban tenernos entre ellos quien sabe cuanto tiempo. A la mañana siguiente, dijo Monseñor la misa de la comunidad y distribuyó la comunión á más de 500 personas. Viendo reunido á sus pies á tanto pueblo para recibir de sus manos el pan eucarístico, y no agradándole, como ya dije antes, las funciones mudas (como él las llama), dirigió á todos la palabra para animarlos á la piedad, á la devoción y á recibir con frecuencia los Sacramentos. Es verdaderamente cosa admirable el ver en un día de trabajo (era Sábado), más de quinientas personas que reciben los santos Sacramentos ; es esta la prueba más hermosa y segura para conocer la piedad de un pueblo. Al otro día, Domingo de Ramos, el número de comuniones llegó hasta 2000. Invitado Monseñor por el Rdm. P. Guardian, celebró toda la función solemne, bendijo las palmas,

tomó parte en la procesion, y no teniendo ya fuerzas para cantar la Misa, se limitó á rezarla. Dicha funcion duró dos horas y media, lo cual no es poco para un convaleciente que debia viajar aquel mismo dia hasta las 5 de la tarde, para llegar á Concepcion.

Hablar aquí de la bondad, cariño y cortesia de aquellos Padres, además de ser difícil, emplearía demasiado tiempo. Me limitaré á decir tan solo que son grandes amigos nuestros y que nos quieren mucho. Veneran profundamente á nuestro amadísimo Padre D. Bosco y su Congregacion, y les es muy simpática nuestra mision de educar á la juventud pobre, y de atender á los salvajes. Ellos tambien trabajan en el vasto campo de las misiones, y su porcion es la Araucania; por esto trataron á Monseñor como si fuera su propio Obispo, y á los demás Salesianos como hermanos. Monseñor quiso contentarlos antes de salir y prometió hacerles una larga visita antes de abandonar Chile, cuya promesa la cumplirá apénas haya arreglado los asuntos de la Casa de Concepcion. Mientras nos hallábamós en Chillan, recibió Monseñor un telegrama del Sr. Vicario Capitular de Concepcion, concebido en los siguientes términos: « Saludo respetuosamente á S. S. Ilma. en nombre de esta Diócesis, por la cual ya ha sufrido S. S. Ilma. tantas fatigas. El clero y los fieles de Concepcion desean ardientemente besarle el anillo pastoral y recibir su bendicion. Domingo B. Cruz. » Chillan tiene, además del Convento de los R.R. P.P. Franciscanos, otras Casas religiosas que se dedican á la educacion de la juventud, á la asistencia de los pobres y de los enfermos. Monseñor quiso visitarlas todas, y recibió las muestras más vivas de afecto y gratitud.

15°. Salida de Chillan. - Encuentro de Monseñor con el Vicario Capitular. - Llegada á Concepcion. — Al medio dia del Domingo de Ramos, Monseñor, acompañado de todos los Superiores del Convento Franciscano, hallábase en la estacion dispuesto á salir. Estaba ésta tan llena de gente que parecia se habia reunido allí toda la poblacion de Chillan. Fué necesario recurrir á los agentes de policia, para poder conservar el orden y abrir paso á Monseñor en el momento de subir al coche. Dada la señal de marcha, toda aquella gente con la cabeza descubierta, de rodillas la mayor parte, recibió la última bendicion de Monseñor. Uno de los P.P. Franciscanos, en representacion de la comunidad lo acompañó hasta Concepcion. Acompañáronlo tambien los Sres. D. Lucas Becerra y D. Filoteo Sanmartin. Los trenes en Chile tienen un pequeño departamento, destinado á los altos personajes del gobierno. Dicho departamento fué ofrecido á Monseñor y á su comitiva. Así se viajó durante tres horas sin el menor inconveniente.

En la penúltima estacion, que dista algunas leguas de Concepcion, esperábamós el Sr. Vicario y el Superior del Seminario. Cordialísimo fué el encuentro entre Monseñor y el Sr. Vicario

que exclamaba: *Benedictus qui venis in nomine Domini*. Se abrazaron como si fueran ya viejos y queridos amigos; después Monseñor, á petición del Sr. Vicario, dióles detalladas noticias de su salud. Habló de su caida, del peligro en que se vió, del médico que le envió la Providencia, de su rápida mejoría, de su convalecencia, etc.... muy pronto cayó la conversacion sobre la fe chilena. Monseñor no podia hablar de otra cosa, pues se hallaba muy impresionado por lo que acababa de ver. Pero el Sr. Vicario quería más bien que le hablase de D. Bosco, y Monseñor lo complació. ¡ Cuán bueno es el Sr. Vicario! A las 5 de la tarde entrábamós en la estacion de Concepcion. Es esta una estacion de primer orden, muy hermosa y de colosales proporciones. Pero dejemos lo hermoso; lo que importa saber es, que á pesar de ser tan grande no pudo dar cabida al inmenso gentio que se habia aglomerado allí para recibir á Monseñor. Me asomé á la ventanilla: ¡ qué espectáculo! hubiérase podido caminar sobre todas aquellas cabezas sin peligro de caer por tierra. No bien el tren se paró, un grito inmenso, unánime, arrojado allá, bajo aquella inmensa bóveda ensordeció nuestros oidos: ¡ Viva Mons. Cagliero! gritaban todos, ¡ Viva el Obispo Salesiano! y continuaron vitoreando hasta que nuestro Obispo llegó á la Catedral.

16°. Desde la estacion hasta la Catedral. — Apénas Monseñor puso el pie en tierra, cuando lo rodearon una multitud de jóvenes de las principales familias, pertenecientes todos á la sociedad de la juventud católica, los cuales habian querido tener el honor de acompañar de cerca á nuestro Monseñor, y dejarle el paso libre en medio de tantísima gente. Otros jóvenes y señores muy respetables formaron otros círculos, para impedir que la gente se acercase demasiado y molestase á Monseñor. Al bajar puso un pie en falso y faltóle poco para caer si no lo hubiese cogido por una parte el Sr. Vicario y por otra un capitan, que no lo dejó hasta que entró en el coche. Yo presencié todo esto de lejos, pues á los que íbamos con Monseñor nos fué completamente imposible acompañarlo. No sospechando siquiera lo que iba á acontecer, tardamos algo en bajar del tren para dejarle más libre el paso; pero esto bastó para que ya no nos pudiéramos poner á su lado, á pesar de los grandes esfuerzos que hicimos. Las plazas y calles estaban llenas de gente. Nosotros para poder llegar á la catedral tuvimos que pasar por otras calles. De lejos veíamos á algunas personas que se subian á los árboles, otras saludaban con los pañuelos y más que todo se sentian los vítores unánimes de toda aquella poblacion. Yo me esperaba ya alguna cosa de grande, pero no un espectáculo semejante. Si con tanto entusiasmo, decia yo, han recibido á nosotros niños, ¿cómo recibirán á Monseñor?

Y la demostracion fué verdaderamente grandiosa, imponente, digna de un Obispo. Tomaron

parte tambien los alumnos del Seminario y de varios otros Colegios.

Recuerdo entre otras cosas que en medio de los que escoltaban á Monseñor, habia 800 hombres, venidos de la iglesia de los Padres Jesuitas, los cuales habian comulgado todos aquella misma mañana. Esta demostracion débese toda á la religiosidad de la poblacion y á su union con el clero. Bastó que por la mañana se anunciase en todas las iglesias la llegada del Obispo salesiano, y la conveniencia de recibirlo dignamente para que toda la poblacion en pleno acudiese allá donde su Pastor la invitaba. Tambien el diario católico de Concepcion tomó parte en este movimiento, publicando en los números anteriores la visita á Concepcion de Mons. Cagliero, y la obligacion de todos los buenos de acogerlo como se debía. El Sr. Vicario, que fué el alma de toda esta demostracion, puede estar bien satisfecho; pues los hechos han superado indudablemente sus esperanzas.

El coche destinado para Monseñor era muy lujoso, y pertenecia á un diputado católico de la ciudad de Concepcion. Empleóse una media hora larga para poder llegar á la Catedral. El coche andaba muy despacio, y no podia menos de hacerse así. A su alrededor iban los jóvenes católicos, impidiendo á la gente que se acercase. Más de una vez viéronse en la necesidad de tirar de las ruedas del coche, á fin de disminuir su celeridad y evitar desgracias. Todos llevaban la cabeza descubierta, repitiendo los vivas con muchísima frecuencia.

¡Qué coincidencia! Era aquel el Domingo de Ramos, y así pudimos hacernos una idea de lo que habia acontecido en Jerusalem, dos mil años hace, en la entrada triunfal de nuestro divino Salvador. Concepcion habíase convertido de veras en otra Jerusalem, que recibia á uno de los Apóstoles de Jesucristo, y lo recibia muy bien. — « Una vez sola, me decia D. Esperidion, he visto en Concepcion tanta gente reunida, y fué en ocasion de la vuelta de Mons. Sala del Concilio Ecuménico Vaticano, el año 1870. Entonces se comprendia la causa de tan festiva acogida. Monseñor Sala gobernaba la Diócesis hacia ya treinta años, y era un gran sábio y un gran santo; ahora es un Obispo nuevo, extranjerero, desconocido del todo; y sin embargo... »

17°. La Catedral. - Discurso de Monseñor Cagliero. — La Catedral de Concepcion, que puede dar cabida á unas siete ú ocho mil personas, hallábase ya completamente llena, antes que Monseñor llegase al presbiterio, teniendo muchísimos que quedarse afuera. Eran al menos 7,000 personas las que entraron en la iglesia con Monseñor, para rogar y dar gracias á Dios. Ninguno de nosotros podíamos darnos la razon de lo que veíamos, y especialmente Monseñor no podia comprender cómo, siendo él un Obispo extranjerero y completamente desconocido, se le hubiese preparado un recibimiento tan imponente.

Yo hubiera creído que Monseñor en el estado en que se hallaba de salud, no se habria atre-

vido á dirigir la palabra á aquella inmensa concurrencia. Ya no estaba en la capillita de *Pinta*, ni en la iglesia de Chillan, sino en una vastísima Catedral, que exigia una voz fuertísima para hacerse oír. Sin embargo con su pulmon medio deshecho, no consultando á sus fuerzas sino á su buena voluntad y celo, no bien se restableció un poco el orden en la iglesia, con respiracion trabajosa pero voz clara empezó á hablar así:

« Pueblo de Concepcion, pueblo católico y lleno de fe, yo te saludo y te doy las gracias! Habíame dicho ya que eres un pueblo cristiano; yo lo creia; ahora lo creo aún más. Esta demostracion que me has preparado y que yo no esperaba, es el mejor elogio de tu fe. Pueblo beato te ha llamado alguno, tal vez por escarnio, pero lo eras en el verdadero sentido de la palabra, lo eres y debes estar por ello santamente orgulloso; serás beato, mientras seas creyente, y tu fe será siempre la mejor corona que orlará tu frente. Comprendo ahora por qué eres un pueblo lleno de valor y heroismo en los campos de batalla; es porque eres profundamente católico; la fe que posees es la que te da la vida, y juntamente con ella abrigas en tu corazon la caridad, el amor de Dios y el de la patria. Una nacion que conserva con celo en su corazon la fe divina, es absolutamente invencible; la victoria la sigue por todas partes. Un ejército de hombres que creen, es un ejército de valientes que no teme nunca al enemigo; sabe sacrificarse y morir, pero jamás retroceder ó darse por vencido. Complázcome contigo y puédote asegurar que lloverán sobre tí con abundancia las bendiciones del cielo, si perseverarás en la fe que has heredado de tus padros. Héme, pues, aquí entre vosotros, después de un viaje larguísimo y lleno de peligros; 300 leguas he recorrido con mis hermanos lo Salesianos, para llegar hasta aquí. Abandoné, cinco meses hace, las costas del Atlántico y hállome ahora en las del Pacífico. Con esto he cumplido en parte el programa que me encomendó al salir de Italia, el sapientísimo Leon XIII, que rige hoy los destinos de la Iglesia... — Id, decíame, cristianizad la Patagonia y plantad las tiendas Salesianas en aquellas repúblicas de la América del Sur. Pues bien; héme aquí ya á cumplir con mi mision. ¿No es esta una hermosa prueba de que el Sumo Pontífice os ama y desea vuestro bien? Así es; en todo piensa Leon XIII; á todos ama, porque todos son sus hijos; pero si me es lícito añadir una palabra, diré que por las especiales pruebas de adhesion y afecto que le habeis dado, os ama á vosotros, católicos de Chile, á vosotros y á todo vuestro celoso clero, y os ama con una predileccion particular. Mi mision no está aún terminada; la Patagonia todavia no es toda cristiana; pero allí, en aquellos desiertos, ya no faltan, no, los adoradores del verdadero Dios; y espero que aumentarán con el tiempo. He hallado peligros, he sufrido privaciones, he tenido desgracias, pero con el auxilio de Dios, de María Sma. y de mis Salesianos, tambien he podido recibir grandes consuelos y recoger abundantísimos frutos. Una

tribu entera, gobernada por el cacique Sayuhueque, que pocos años ha era el terror del desierto y de las repúblicas vecinas, ha depuesto ya su fiereza, ha abierto los ojos á la luz de la verdad, ha abrazado nuestra santa Religion y en fin, es ahora hijo de Jesucristo y lo son con él las 1,400 personas que componen su tribu. No fueron estos solos los frutos con que recompensó el Señor nuestras fatigas. Tampoco fueron nuestros sudores los que hicieron germinar aquellas flores de virtud en medio de aquellas Pampas; fué Aquel que, para decirlo con frase del Apostol, *dat incrementum, Deus*. El Señor quiso poner á su prueba mi paciencia; en vez de trabajar tenía que sufrir; cúmplase en todo su santísima voluntad. Ahora, empero, mejorado de salud, héme aquí para cumplir otra parte del programa que me indicó mi amadísimo Padre D. Bosco, á quien vosotros ya conocéis y amais; héme aquí, invitado por vuestro Prelado para fundar un Colegio de Artes y Oficios. Queremos enseñar un arte á los hijos de vuestros pobres, para que puedan con el tiempo ganarse con honor un poco de pan; pero ante todo queremos enseñarles la más excelente de todas las artes, la de ganar el cielo y salvar su propia alma por medio de una educacion sólidamente religiosa, que los preserve de la corrupcion moderna.

Hoy día es la juventud la que más pelagra, y, al mismo tiempo, la que, si cae una vez, muy difícilmente se levanta, porque no halla una mano amiga que la socorra. La impiedad hace increíbles esfuerzos para corromper y arruinar el corazón de los jóvenes; sabe que si lo consigue habrá conseguido corromper y arruinar á una generacion y tal vez á muchas; y lo conseguirá por cierto si los buenos no se aunan para construir un dique que impida el desborde de ese torrente de iniquidad, que en todas partes amenaza ahogar á la pobre juventud.»

Concluyó hablando de D. Bosco, de la Congregacion, del objeto que esta tiene en la sociedad, de los miles de jóvenes que educa ya en Europa como en varias repúblicas de América, y suplicó á los circunstantes que se dignáran constituirse en protectores de nuestra *casa-taller* de S. José. Acto continuo se cantó el *Te Deum*, y el Sr. Vicario dió la bendicion con su Divina Magestad.

18°. Monseñor al lado del hermano enfermo. - Restablecimiento inesperado. - Cortesía y caridad de los señores Chilenos. — Terminada la funcion religiosa, la primera visita que Monseñor quiso hacer, fué á nuestro Colegio para ver y bendecir á nuestro enfermo. Lo halló mal, pero fuera de peligro proximo de muerte.

Se entretuvo con él algun tiempo; dióle la bendicion de María Auxiliadora; lo exortó á acudir á ella con toda confianza, y después añadió: *infirmitas haec non est ad mortem*. No es sino una prueba; y las pruebas pasan, y no quedan sino los méritos para quien ha sabido aprovecharse de ellas padeciendo con resignacion. Fué

profecia. Desde aquel momento el enfermo comenzó á mejorar, y tanto, que ayer, dia de Pascua, estaba sentado con nosotros á la mesa para hermohear nuestra fiesta.

Hubiéramos deseado que Monseñor se hospedara con nosotros y él lo deseaba vivamente tambien, pero en las circunstancias en que nos hallábamos, era completamente imposible. Lo recomendamos, pues, al Sr. D. Esperidion Herrera, para que le facilitara un lugar en su casa de la Providencia, lo cual se dignó hacer con sumo gusto é inexplicable alegría.

Todo el clero regular y secular, no satisfecho con haber presentado sus homenajes á Monseñor al llegar á la estacion, dióse prisa en los días subsiguientes á volvérselos á presentar en su residencia.

Las personas más distinguidas de la ciudad, y las mismas autoridades del gobierno, fueron y enviaron á pedir sus noticias. Y Monseñor, en medio de sus fatigas, no solo no se queja de cansancio, sino que asegura que toda reliquia de mal va desapareciendo cada dia más. *Deo gratias*.

Conclusion.

Ahora concluyo: creo haberle importunado ya bastante con tanto escribir, oh carísimo Padre, pero por otra parte espero tambien que le habré proporcionado sumo gusto con estas minuciosas noticias. Si estas no tienen ninguna importancia para otros, la tienen ciertamente para V. R., que tanto ama á Mons. Cagliero, y para todos los hermanos de la Congregacion. Monseñor me encarga que salude á V. R.; dícame tambien que saluda y bendice á todos los hermanos, cooperadores y amigos de Italia y Europa, y que se encomienda mucho en las oraciones de todos, á fin de que pueda llevar á cabo su mision en Chile, que comenzará uno de estos días. Piensa visitar Los Angeles, Trayguen hácia la frontera y centro de la Araucania, Talca, Valparaiso y Santiago, donde lo invitaron para tratar sobre la fundacion de casas salesianas en todos estos centros.

Procuraré tenerlo al corriente de todo, comunicándole todas las noticias que sé le gustan á V. R. saber. Tambien D. Fagnano, venido expresamente aquí desde Buenos Aires, apenas tuvo noticia del fatal accidente, me encarga le salude en su nombre. Su llegada fué para nosotros una grata improvisacion. El dia 2 de abril recibimos un telegrama de los Andes, que nos anunciaba su llegada al dia siguiente. Regresará muy pronto á Punta Arenas y Tierra del Fuego apenas pueda tener una conferencia con S. S. Ilma. el Obispo de Ancud. Los Salesianos, sus hijos del *Taller de S. José*, D. Milanésio, Don Panaro, que venidos con Monseñor están todavía aquí con nosotros, todos le saludan y piden su paterna bendicion. Y en fin, yo le beso la mano y le ruego que la levante con frecuencia para bendecirme á mí, á mis hermanos, á nuestra casa y á nuestros bienhechores de Concepcion. La

bendicion y las oraciones de Don Bosco, harán progresar esta casa de S. José, que apenas comienza. Este es el voto que hace y la oracion que le dirige este,

Todo suyo

Afmo. y obligadísimo hijo en J. C.,
EVASIO RABAGLIATI, Pbro.

Gracias de María Auxiliadora.

I.

Gerra Gamborogno (Canton Ticino),
14 de Mayo de 1886.

Despues de cuatro años de increíbles pesadumbres en que se hallaba toda mi familia, á causa de una terrible desgracia que tenia un hermano mio, padeciendo monomanía, hoy finalmente estamos ya consolados y llenos de alegría por su prodigiosa curacion. El dia 11 de Enero suplicaba á V. R. se dignáse rogar á María Santísima Auxiliadora por mi pobre é infeliz hermano, siempre que su curacion hubiese de servirle para la salvacion de su alma. A esta carta tuve el gusto de recibir la contestacion en que V. R. me prometia que el dia 20 del mismo mes, se daría principio en el Oratorio á una novena de oraciones y comuniones. Pues bien, mientras yo me unia tambien á esta novena con el rezo de tres *Pater, Ave y Gloria* al Sagrado Corazon de Jesús, y tres *Salve Regina* á María Auxiliadora, me llegó la noticia de que mi querido hermano habia mejorado. El 30 de Abril recibia el aviso consolador de la Direccion del Manicomio de Como, donde se hallaba desde hacia ya tres años con grande sacrificio de la familia, participándome que podia ir á buscarlo cuando quisiera, pues habia vuelto al completo ejercicio de sus facultades mentales. Me fui inmediatamente á Como, y el primer dia del mes consagrado á María, lo llevé á casa, al seno de la familia, donde fué acogido con inexplicable júbilo y regocijo de los parientes y amigos.

Bendita y alabada sea mil veces María Sma. Auxiliadora, la cual nos obtuvo de su divino Hijo una gracia tan señalada.

Suyo afmo. y S. S. Q. B. S. M.
PEDRO PEDROTTA, Pbro.

II.

Mont..... 30 de Mayo de 1886.

M. R. SR. DIRECTOR:

Cumplo, despues de diez meses que le he escrito, con un deber sagrado, y lo hago con el corazon lleno de santo afecto, gratitud y reverencia hácia María Sma. Auxiliadora. Escribíale, pues, el año pasado en medio de una grande afliccion, no sabiendo á quien acudir para poder auxiliar á mi

pobre familia, falta del sustento necesario y confiada únicamente á mis cuidados. Me habia servido ya de todos los medios humanos, los cuales con grande humillacion mia, se me negaban casi siempre, cuando María Auxiliadora sirviéndose de una piadosa persona, me presentó el librito pregonero de su poder y gloria, aconsejándome de poner toda mi confianza en ella. Lo hize. No se habia aún concluido la novena que en esa hacíase por mí, cuando me llegó el tan suspirado auxilio, precisamente por aquel mismo camino que los hombres me habian cerrado, y pude colocar dos niñas en un piadoso instituto, donde están gratuitamente mantenidas, educadas é instruidas. Pero viendo nuestra queridísima madre María Sma. que dicho auxilio era todavia pequeño para mis grandes necesidades, me obtuvo un empleo con el cual puedo atender á las necesidades de toda mi familia. Y ya que todo esto lo debo indudablemente á María Sma. Auxiliadora, démosle humildemente las gracias, agregando á la luminosa corona de sus glorias, tambien esta hermosa flor que por su rareza y belleza es digna de unirse á las innumerables que ciñen ya su cabeza gloriosa.

G. Z. S.

HISTORIA DEL ORATORIO DI S. FRANCISCO DE SALES

(Continuacion)

Puso colmo á estas injusticias una carta del secretario de Molinos dirigida al Alcalde. Reunidos en ella y exagerados intencionalmente todos los falsos rumores de nuestros enemigos, se pretendia demostrar ser imposible que las familias empleadas allí pudiesen atender á sus quehaceres y vivir con tranquilidad. Añadió además que semejantes reuniones de jóvenes eran un seminario de inmoralidad.

El Alcalde, si bien estaba persuadido de la falsedad de los hechos expuestos, ordenó sin embargo al P. Bosco trasladase inmediatamente á otra parte el Oratorio.

De paso notamos que la carta del secretario al Alcalde fué la última que escribió, pues poco tiempo despues le sobrevino un violento temblor en la mano derecha, por lo que tuvo que abandonar su oficio, y al cabo de tres años murió. Un pequeño hijo suyo abandonado por las calles, fué recogido por el P. Bosco en el Hospicio que al poco tiempo se abrió en Valdocco, precisamente con el nombre de Oratorio de S. Francisco de Sales.

Varios otros acontecimientos sucedieron, que claramente demostraban que el Señor bendecia á los que extendian su mano para promover y sostener la obra de los Oratorios. Muchísimas personas de Turin y de otras partes, confesaron que sus intereses y los de sus familias habian prosperado desde el dia en que habian empezado á proteger á los jóvenes del Oratorio. Por el contrario hizo el Señor caer el brazo de su justicia

sobre aquellos que maliciosamente pusieron obstáculos á esa obra de la Providencia; más tarde referirémos algunos horribles castigos con que el Señor quiso abrir los ojos de aquellos ciegos desgraciados.

CAPITULO VI.

El Oratorio en S. Pedro *in Vinculis* — La sirvienta del Capellan — Una Carta — Un triste accidente — El oratorio ambulante y después establecido en casa de Moretta — Rumores — Los párrocos de Turin — Nueva expulsión.

Parece que los principios de nuestro Oratorio podrían compararse con los Antiguos Patriarcas; lo mismo que ellos nuestro Oratorio con frecuencia levantaba sus tiendas de una parte para fijarlas en otra. Recordamos que muchas veces Don Bosco aludiendo á este hecho de la Historia Sagrada nos animaba y exhortaba á esperar una Tierra Prometida en la cual al fin estableciésemos nuestra morada permanente. Sus esperanzas y las nuestras no quedaron frustradas. Pero continuemos nuestra relacion.

Debiendo retirarnos de S. Martin, como dijimos en el capítulo anterior, D. Bosco presentó una solicitud á la Municipalidad pidiendo licencia para reunir á sus niños en el átrio y en la Iglesia del Cenotafio del SS. Crucifijo, llamado vulgarmente S. Pedro en *Vincoli*. El Alcalde y en general los municipales estaban persuadidos de la falsedad de las denuncias hechas contra nosotros, de modo que la peticion fué favorablemente despachada. Con este motivo, despues de haber estado solo dos meses al lado de los Molinos, nos trasladamos al nuevo local mas cómodo y apropiado que el anterior. El largo pórtico, el espacioso átrio, y las comodidades de la Iglesia excitaron vivamente nuestro entusiasmo y nos llenaron de alegría.

Pero desgraciadamente no bien habíamos empezado á disfrutar de estas ventajas, cuando nuestro gozo se convirtió en amargura. Junto á aquellos sepulcros encontramos un terrible enemigo. No fué este uno de los muertos que allí descansaban, fué un viviente, la sirvienta del Capellan. Apenas oyó ella nuestros cantos y gritos, toda enfurecida salió de su casa apostrofándonos con la exquisita elocuencia que suele hacerlo una mujer violentamente encolerizada; al mismo tiempo con sus voces descompasadas nos injuriaba tambien otra pequeñuela, ladraba un perro, maullaba un gato, cacareaban las gallinas asustadas; aquello parecia una inminente guerra europea. Apenas D. Bosco advirtió esta algazara, se acercó á la sirvienta con el fin de tranquilizarla, demostrándole que los niños no causarían ningun daño, que no hacían más que divertirse, que no cometían pecado alguno; pero era hablar á sordos. Lejos de apaciguarse, aumentó su furor cubriendo con toda clase de inju-

rias y denuestos á Don Bosco. Viendo esto nuestro buen director, ordenó concluyésemos el recreo y nos retirásemos á la Iglesia en donde rezamos el rosario y recibimos algunas lecciones de doctrina cristiana. Salimos despues de allí con la esperanza de volver al domingo siguiente y encontrar mayor tranquilidad. Pero nos equivocamos; porque fué la primera y última vez que pudimos reunirnos en aquel paraje.

Aquel mismo dia por la tarde, apenas llegó el capellan Sr. T..., la sirvienta le expuso lo ocurrido y presentando á Don Bosco y á sus niños como profanadores de lugares santos, y como la hez de la canalla, lo indujo á dirijirse á la Municipalidad. Bajo la impresion recibida con la narracion de aquella mujer enfurecida, el capellan escribió una carta con tanta acrimonia, que inmediatamente dió orden de prender á cualquiera de nosotros que volviese á dicho lugar.

Doloroso es el decirlo: pero aquella fué la última carta que escribió el Capellan. La escribió un Lunes y pocas horas después fué sorprendido por un ataque apoplético que le causó una muerte casi instantánea. Hay todavía algo más. No bien se habia cerrado su sepulcro, cuando se abrió otro. La misma desgracia cayó tambien sobre la sirvienta siguiendo á su patron tan solo dos dias despues de su muerte; de modo que en menos de una semana desaparecieron aquellos dos enemigos del Oratorio. Es mas fácil imaginar que describir el espanto que causaron estos dos sucesos en nosotros y en todos los que tuvieron conocimiento de ellos. Era imposible no reconocer la mano de Dios, y nosotros teníamos tan íntima conviccion de ello que en vez de alejarnos de Don Bosco y del oratorio, les cobramos desde entonces mucho mayor amor y resolvimos no abandonarlos jamás.

Despues que Don Bosco recibió orden de no reunir sus jóvenes en S. Pedro, empezó á buscar otro sitio aparente, pero en toda la semana no logró encontrarlo. No se pudo tampoco hacer llegar á conocimiento de los jóvenes la nueva disposicion, y así sucedió que el domingo siguiente un gran número de muchachos se dirigió á S. Pedro, pero habiendo encontrado todas las puertas cerradas; inmediatamente se trasladaron al *Ospitaletto* para ver á D. Bosco. Su pieza, además de ser pequeña, estaba casi completamente ocupada, de modo que Don Bosco no disponía ni de un pedazo de tierra en donde poder entretener la turba de muchachos que lo rodeaba. Aunque muy afligido Don Bosco por semejante situacion, él ocultaba su gran pesar, mostrábase con todos nosotros alegre y afable, y al mismo tiempo nos llenaba de regocijo refiriéndonos mil maravillas de su futuro Oratorio, que en aquel entonces no existían más que en su imaginacion y en los decretos del Señor.

(Continuará)

OBRAS DE D. BOSCO
EL CATÓLICO EN EL SIGLO

CONVERSACIONES FAMILIARES
DE UN PADRE CON SUS HIJOS, REFERENTES Á LA RELIGION
por el Sacerdote

D. JUAN BOSCO

TRADUCIDO DEL ITALIANO AL CASTELLANO
por el Dr. P. Gil.

Primera Parte

Un tomito en-32. — 2 pesetas el ejemplar.

Nos es sumamente grato el anunciar este librito que fué el primero que D. Bosco publicó en nuestras Lecturas Católicas de Turin, y que ha sido traducido al castellano y publicado recientemente en las de Buenos Aires. Es un libro de oro, sumamente adaptado á los tiempos presentes en que á cada paso tropezamos con personas ignorantes, sumergidas en el error y negando por consiguiente todas las verdades de nuestra santa Religión Católica; por cuya razón no podemos menos que recomendarlo vivamente á nuestros Cooperadores y Cooperadoras, esperando nos ayudarán á divulgarlo, acogiéndolo con verdadero y singular entusiasmo.

HISTORIA ECLESIAÍSTICA

para la Juventud

Y ÚTIL Á TODA CLASE DE PERSONAS

por

D. JUAN BOSCO

FUNDADOR
DE LA CONGREGACION DE S. FRANCISCO DE SALES

Cuatro opúsculos en-32°, 4 Pesetas

OPÚSCULOS DE PROPAGANDA CATÓLICA

- CLARET (D. Antonio Maria). **Avisos saludables á las casadas**, ó sea, carta espiritual que escribió á una casada, hermana suya, con aprobacion del Ordinario. — Opúsculo en-32°, de 66 pág. Peset. 0 60
- Devotos ejercicios en honor del Patriarca S. José**, enriquecidos con numerosas indulgencias. — Opúsculo en-32°, de 32 pág. » 0 50
- Ejercicios devotísimos para visitar á Jesús Sacramentado**, reimpresos con licencia de S. E. Ilma., que ha concedido 40 dias de indulgencia por cada punto de meditacion. Opúsculo en-32°, de 32 p. (951) » 0 60
- ILANDAIN (D. Pedro Maria). **Avisos dirigidos al pueblo católico**, para prevenirlo contra la propaganda protestante. — Opúsculo en-32° de 68 pág. (951) » 1 —
- Letrillas en honor de María SS.** para el mes mariano. — Opúsculo en-32° de 50 pág. » 0 60
- Hombre (El) de bien**, almanaque para 1885. Aguinaldo á los suscritores de las Lecturas Católicas. — Opúsculo en-32° de 68 pág. (951) » 1 —
para 1886 (951) » 1 —
- Mina espiritual** de riquísimos tesoros que sacará con poco, pero cotidiano trabajo, el amante de la perfeccion, que sepa poner en práctica lo que le prescribe el presente librito. Está sacado de una de las obritas espirituales del P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañia de Jesús. — Opúsculo en-32° de 20 p. (951) » 0 60
- Novena de la gloriosa Virgen y Mártir Sta. Bárbara**, abogada contra los truenos y rayos, y gran protectora de sus devotos en la hora de la muerte, para no morir sin los santos Sacramentos. — Opúsculo en-32° de 20 pág. (951) » 0 60
- Novena para honrar á Maria Santísima** en su título de Madre de Misericordia, con que se venera en la Iglesia de Santo Domingo de esta Ciudad; está formada con el auxilio de varios escritos piadosos sobre el Santuario de aquella Señora, en Savona; por un Sacerdote de Buenos Aires. — Opúsculo en-32° de 50 pág. (951) » 0 60
- Rosario (El) meditado y practicado** por las almas que aspiran á la perfeccion cristiana. — Opúsculo en-32° de 46 pág. (951) » 0 60
- RODRÍGUEZ (P. José Maria), **Cóрте de S. José y Sagrada Familia**, oraciones para hacer la visita. — Opúsculo in-32° de 16 pág. (951) » 0 60
- SÉGUR (Monseñor) **La Misa**. Traduccíon de D. J. G. Y. M. — Opúsculo in-32° de 158 pág. » 1 —
- Soliloquios del Corazon** ante Jesús Sacramentado. — Opúsculo en-32° de 150 pág. » 1 —
- STOGER (P. Juan N.) **El celo de las almas**. Traducido del alemán por el P. Valentin Ruiz. — Opúsculo en-32°, de 24 pág. (951) » 0 60
- Sumario de las indulgencias** y demás gracias concedidas á los religiosos terceros y cofrades de ambos sexos de Nuestra Sra. del Cármen; como tambien á todos los fieles que visitaren las iglesias de su Orden y de las Cofradías del Santo Escapulario, por un religioso carmelita descalzo. — Opúsculo in-32°, de 40 pág. (951) » 0 60
- Testamento del alma**. — Opúsculo en-32° de 16 pág. (951) » 0 70